



MATEO ALEMÁN
Y LOS GALEOTES DEL AZOGUE

Ismael Mansilla

MATEO ALEMÁN
Y LOS GALEOTES DEL AZOGUE



Primera edición: julio de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ismael Mansilla

ISBN: 979-13-88411-00-7

ISBN digital: 979-13-88411-01-4

Depósito legal: M-17255-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis padres Jesús y Pilar

*Los gitanitos del Puerto
fueron los más desgraciaos,
que a las minas del azogue
se los llevan sentenciaoos.*

*Y al otro día siguiente,
les pusieron una gorra,
con alpargatas de espartos,
que el sentimiento m'ajoga.*

*Y al otro día siguiente
les pusieron un maestro
que a tó el que no andaba listo
de un palo lo echaba al suelo.*

*Los gitanitos del Puerto
fueron los más desgraciaos,
que se pueden comparar
con los que están enterraos.*

ROMANCE ANÓNIMO.

En reconocimiento y homenaje a los municipios de Almadén, Almagro y Sevilla, a las instituciones de Minas de Almadén y la Escuela de Ingeniería Minera e Industrial de Almadén, así como a las asociaciones culturales Alarife y Amigos de la Música; guardianes de la historia, la cultura y el patrimonio que inspiran estas páginas.



Escuela de
**Ingeniería Minera
e Industrial**
Almadén
Universidad de Castilla-La Mancha



ASOCIACIÓN CULTURAL
"ALARIFE"

Esta página de cortesía constituye un homenaje estrictamente literario y cultural por parte del autor, exento de cualquier fin comercial o patrocinio.

*La verdad puede morir en el combate con el poder,
pero nunca en el olvido.*

BALTASAR GRACIÁN

ÍNDICE

CAPÍTULO 1 REAL CONSEJO DE ÓRDENES	13
CAPÍTULO 2 UN JUEZ INDOMABLE	21
CAPÍTULO 3 EL ESCRIBANO Y OSORIO.....	27
CAPÍTULO 4 SEVILLA Y EL NUEVO MUNDO	39
CAPÍTULO 5 LOS FÚCARES Y EL IMPERIO	53
CAPÍTULO 6 ALMAGRO ENTRE LA ORDEN Y LOS FÚCARES..	65
CAPÍTULO 7 ALMAGRO Y EL TEATRO	75
CAPÍTULO 8 JUAN JEDLER.....	87
CAPÍTULO 9 EL AMIGO AGUSTÍN	101
CAPÍTULO 10 LA CRUJÍA.....	123
CAPÍTULO 11 MIGUEL DE LA ALDEA.....	141
CAPÍTULO 12 FRAY JUAN DE PEDRAZA	151
CAPÍTULO 13 ENTRE ARRIEROS Y GITANOS.....	163
CAPÍTULO 14 MERCURIO, AZUFRE Y SAL.....	179
CAPÍTULO 15 EL AÑO DE LAS PRISAS	195
CAPÍTULO 16 ¡YA ESTAMOS TODOS!	209
CAPÍTULO 17 DE LAS PALABRAS A LOS HECHOS	219
CAPÍTULO 18 UN IMPERIO DE ESPÍAS	231

CAPÍTULO 19 MISTERIOS Y SECRETOS	243
CAPÍTULO 20 SILENCIO	251
EPÍLOGO	259
BIBLIOGRAFÍA.....	265

CAPÍTULO 1

REAL CONSEJO DE ÓRDENES

Caminó por una calle estrecha hasta llegar a una plaza rodeada de distinguidos edificios. En el centro se alzaba lo que parecía ser un convento o quizás algún recinto religioso. Traspasó un gran portón, junto al cual se encontró con el portero y algunos soldados que le dieron el alto. Tras solicitarle el motivo de su presencia, le ordenaron dirigirse directamente al Salón Dorado de los Caballeros, donde recibiría instrucciones.

Ascendió lentamente por una escalera ancha y empinada que llevaba a un pasillo lleno de personas que se movían apresuradamente. Pasó junto a escribientes, relatores y procuradores hasta que, finalmente, ingresó al mencionado salón. Allí se encontró con un alguacil vestido con una túnica larga de color blanco que portaba la cruz roja de Calatrava en el pecho. Tras anunciar su llegada, fue guiado a través de una puerta adyacente hacia otra sala de espera. Allí debía aguardar a la persona que lo había citado el 18 de enero de 1593 a las diez de la mañana, con el fin de recibir su nuevo nombramiento como juez visitador.

Mientras esperaba, reflexionaba sobre su suerte en esta nueva misión, recordando su última experiencia en Usagre. Era la primera vez que pisaba aquel suelo de baldosas de mármol. Se detuvo frente a un lienzo al temple que ocupaba la pared central, admirando la escena de una batalla contra los infieles protagonizada por caballeros de las distintas órdenes militares. Los colores ocres y

rojos de los pigmentos, con el bermellón destacando, le conferían una fuerza deslumbrante. Tapices decorativos adornaban las paredes, mostrando imágenes de las cruzadas, la entrada en Jerusalén y la conquista de Túnez por el emperador. Sobre la cornisa, varios cuadros de reyes y comendadores, entre ellos uno de Carlos V y otro de Felipe II, destacaban en la sala. En las cuatro esquinas se encontraban ménsulas de madera decoradas con metopas pintadas, cada una con las cruces de las órdenes de Santiago, Alcántara, Montesa y Calatrava.

El alguacil volvió a aparecer por la única puerta visible, invitándolo a ingresar a otra estancia donde lo esperaba don Diego de Paredes, secretario del Real Consejo de Órdenes Militares. Este vestía jubón blanco y una capa del mismo color, sobre la cual destacaba bordada la gran cruz que unía los cuatro emblemas de las milicias religiosas, signo inequívoco de su dignidad como caballero y consejero del Real Consejo.

Tras saludarlo, lo invitó a sentarse frente a su mesa, sobre la cual reposaban varios cartapacios con documentación, un crucifijo y un bonete negro con ribetes rojos.

El protagonista sabía bien ante qué poder se encontraba. Desde que el rey Fernando el Católico recibiera la administración del maestrazgo de la orden de Calatrava en 1489, se había establecido un consejo encargado de su gobierno. Posteriormente, la Corona absorbió también los maestrazgos de Santiago y de Alcántara, fundando en 1498 el Consejo de Órdenes, al que andando el tiempo se incorporaría la de Montesa. Aquella institución había adquirido su forma definitiva en 1523, cuando Carlos I fue designado Gran Maestre de las órdenes militares españolas y sus consejeros fueron nombrados caballeros de hábito.

Los poderes de aquel tribunal eran inmensos: abarcaban desde consultas, administración, justicia, gracia y beneficios, hasta el manejo de prioratos, colegios mayores y encomiendas. El Consejo emitía normativas económicas, administrativas y jurídicas para unos territorios que poseían sus propias leyes y que, de facto, se

consideraban pequeños reinos dentro de la Corona; dominios cuya legislación apenas empezaba a igualarse a la del resto del reino bajo el control directo del monarca. Además, el Consejo velaba por la justicia de los propios caballeros, erigiéndose en el máximo tribunal de honor y en el garante absoluto de la pureza de linaje.

—Buenos días, señor Alemán —saludó don Diego de Paredes, extendiendo la mano hacia Mateo.

—Buenos días tenga usía, señor secretario —respondió Mateo con cortesía, recibiendo el saludo de Paredes.

—Tome asiento por favor. Me alegro de poder recibirle personalmente, pues el asunto a tratar no es baladí. Tengo muy buenas referencias de usía como contador de su Majestad —dijo don Diego, sentándose en un elegante sillón adornado con los escudos de las órdenes.

—Gracias, señor secretario —asintió Mateo con respeto mientras se sentaba.

Don Diego de Paredes no se anduvo con rodeos y comenzó a explicarle la cuestión por la que había sido convocado.

—¿Conoce vuestra merced a los banqueros Fúcares y sus negocios? —preguntó.

—¡Y quién no! —respondió Mateo con rotundidad, recordando la necesaria contribución de los Fúcares para remediar la gran deuda de la Corona.

El secretario del Real Consejo de Órdenes se levantó y comenzó a caminar lentamente hacia un ventanal, dando vueltas a un gran sello que tenía en su dedo anular. Suspiró profundamente y volvió a preguntar:

—¿Conoce las minas de Almadén o está familiarizado con el sistema de castigos implementado para maximizar su rendimiento durante el arrendamiento?

—No, señor, nunca he estado allí y me imagino que el trabajo de penas debe de ser realmente duro —respondió Mateo, siguiendo con la mirada el lento caminar de Paredes por la habitación.

—Bueno, bueno. Pues ahora es la ocasión de visitarlas y tener

contacto con sus administradores. Y, por último, ¿ha tenido que imponer alguna vez la pena *ad metallum*? Sabrá que es un castigo severo, pero legítimo y antiquísimo.

—Entiendo su perspectiva, señor secretario —repuso Mateo, manteniendo la compostura a pesar de la discrepancia—. Sin embargo, creo que es importante considerar el contexto histórico en el que estas prácticas se originaron. Si bien es cierto que han existido desde tiempos remotos, eso no implica necesariamente que sean justas o humanas.

Don Diego interrumpió su paso por la habitación y se sentó de nuevo, enfocándose en el tema principal. Dirigió su mirada hacia Mateo y le explicó detalladamente las instrucciones para la misión que debía llevar a cabo.

—Señor Alemán, su cometido en Almadén como comisionado será el de inspeccionar la explotación del célebre yacimiento de azogue y comprobar el trato dado a los forzados que cumplen sus condenas allí —explicó con seriedad—. No hace falta decir que esta misión tiene máxima prioridad para la Corona. Para ello, le hemos proporcionado varios traslados de la documentación oficial para que conozca la realidad que se va a encontrar, así como los acuerdos que los Fúcares tienen firmados con el rey. Toda la documentación está recogida en estos cartapacios —indicó señalando las carpetas que reposaban frente a ellos en la mesa.

Mateo tomó los documentos y alzó la vista hacia su interlocutor, esperando una respuesta a la pregunta que formuló con la mirada: por qué había sido elegido para aquella misión. El hombre, tras un breve silencio, dejó escapar una carcajada corta antes de responder.

—Sobre su elección, está muy clara —comenzó don Diego, con un tono que denotaba confianza en la decisión tomada—. Usted pertenece a la Contaduría Mayor de su Majestad, como recaudador y auditor, conoce el uso del azogue por trabajos anteriores y pone especial celo en las cuentas reales, así como su buena dis-

1 Pena a trabajos forzados en minas

posición para los viajes. Entonces... señor Alemán, ¿existe algún impedimento para ello?

—En absoluto, señor —respondió Mateo sin vacilar—. Siempre he estado a disposición de su Majestad y de sus instituciones.

Desde hacía unos años, las noticias que llegaban tanto al Consejo de Órdenes como a Hacienda hablaban de ciertos agravios hacia los condenados a trabajar en las minas. Tales sospechas no se habían podido comprobar hasta la fecha, debido a los numerosos impedimentos ejercidos por los Fúcares. Mateo, llegado a este punto, se interesó por el tiempo de que dispondría para realizar la visita y el posterior informe.

El secretario del Consejo de Órdenes, don Diego de Paredes, respondió a su inquietud. Se le avanzarían los gastos estimados para cincuenta días y debía llevar consigo un escribano que recogería todas las declaraciones de los galeotes² y forzados, así como de trabajadores y responsables de la mina.

Con los primeros arriendos con los banqueros alemanes, ante la necesidad de aumentar la producción y la falta de mano de obra en Almadén, los Fúcares solicitaron la concesión de mano de obra forzada para trabajar en las minas de azogue, mineral tan necesario e imprescindible para la obtención de la plata del Nuevo Mundo.

Dicha concesión comenzaría en 1566, en un principio con treinta galeotes, posteriormente aumentaría a cuarenta, cantidad que debía encontrar a su llegada o aproximada. Además, debía comprobar el tiempo de duración de las condenas y de qué manera se cumplían. De igual manera, debía interesarse por el trato recibido y por las posibles causas ante los casos de muertes y sobornos si los hubiera.

Mateo, atento a la conversación y explicaciones, asintió ante la indicación y facilitó el nombre del escribano que le acompañaría en tan afanosa misión.

2 Hombre condenado a trabajo forzado en galeras. Es cierto que cuando las galeras dejaron de estar en servicio, en favor de los galeones y buques de línea, se siguieron llamando así, aunque no cumplieran sus condenas en el mar.

—Don Juan de Cea será el escribano que me acompañe, empleado de la Contaduría General.

Don Diego cogió su pluma anotando el nombre de ambos y firmando los documentos donde se les concedían los poderes necesarios como juez visitador y contador de cuentas, así como el del escribano que daría fe de todo lo acontecido durante los interrogatorios, mientras calentaba el lacre para sellar el documento. La misión debía realizarse con rapidez, ya que pronto expiraría el último asiento firmado entre el rey y los banqueros.

Mateo examinó detenidamente los documentos que había recibido, asimilando la complejidad de la situación en la que se encontraba. La importancia del mercurio de las minas de Almadén para la Corona y el control férreo que los Fúcares ejercían sobre dicho recurso eran evidentes. Sin embargo, también se percibía la sombra de la corrupción y el abuso de poder que parecían permear cada rincón de aquellos asuntos.

El secretario del Consejo de Órdenes, don Diego de Paredes, había dejado clara a Mateo la importancia y la seriedad de la empresa encomendada. Los agravios hacia los condenados a trabajar en las minas de Almadén eran un tema que preocupaba a las altas esferas del poder, tanto por cuestiones morales como por posibles repercusiones legales. Los Fúcares, con su influencia y control sobre la producción de mercurio, representaban un obstáculo significativo en la búsqueda de la verdad.

Entre los papeles que llevaba consigo, pudo vislumbrar una imagen más nítida de lo que le aguardaba en su misión. Los documentos revelaban los entresijos de un juego de intereses donde los caudales y el poder se entrelazaban de forma inextricable. La advertencia del secretario del Consejo resonaba en su mente, recordándole la necesidad de mantenerse firme ante cualquier intento de coacción por parte de los Fúcares.

Al llegar al final de un informe, Mateo observó las iniciales «A.S.» que concluían el documento, evocando recuerdos de un asunto previo relacionado con la limpieza de sangre y prácticas

dudosas perjudiciales para un secretario del Consejo de Estado. Percibió la conexión entre ambos casos. Comprendió la complejidad de la situación: el Archivo Secreto, originalmente creado para proteger el secreto de las pruebas en la concesión de hábitos de caballeros, se había convertido en un reflejo de intrigas y maquinaciones de la época. Decidido, guardó los documentos y se preparó mentalmente para la tarea por delante, consciente de los obstáculos y peligros que enfrentaría, reconociendo la importancia de su labor en la búsqueda de la verdad y la justicia. Con paso firme, se adentró en el mundo intrincado de las minas de Almadén y los pasillos oscuros del poder.



CAPÍTULO 2

UN JUEZ INDOMABLE

Mateo se encontraba perplejo entre documentos dispersos, luchando por concentrarse en la tarea que tenía por delante. En su mente resonaban, una vez más, las palabras del secretario: «limpieza de sangre». Era como si la espada de Damocles pendiera sobre su cabeza, recordándole las desdichas que lo perseguían como un perro rabioso. Aquellos términos fatídicos evocaban recuerdos dolorosos que marcaban el rumbo de sus pensamientos, obligándolo a adentrarse en los rincones más oscuros de su historia personal.

Sus primeros recuerdos se dirigían hacia su padre, Hernando Alemán, un médico cirujano que había contraído matrimonio dos veces. Mateo era el tercero de los cuatro hijos que tuvo en su segundo matrimonio. Entre sus hermanos estaban Leonor, que había adoptado el apellido Moscoso de unos parientes, y Violante, su hermana pequeña, a quien recordaba como frágil y delicada. Luego estaba Juan Agustín, el favorito de su madre. De su primer matrimonio con una tal doña Beatriz de León, tenía otra hermana, Jerónima, a quien nunca llegó a conocer, ya que se quedó en Jerez de los Caballeros cuando su madre falleció y su padre regresó a Sevilla, su ciudad natal, para casarse con Juana de Enero, hija de un negociante italiano cuyo apellido prefería olvidar.

La familia de su padre, de raíces judías, fue obligada a convertirse al catolicismo por circunstancias externas. Aun así, sufrió persecuciones en diversas épocas. Vivían en una modesta casa en

la calle de la Sierpe³, frecuentada por amigos de su padre, incluidos algunos canónigos de la Santa Iglesia sevillana. Como conversos, debían demostrar ser cristianos nuevos, fieles a la reforma católica impulsada por el Concilio de Trento, que había permeado profundamente en la moral y la teología de la sociedad de aquellos tiempos.

Sin embargo, la vida en Sevilla no era fácil para aquellos considerados descendientes de judíos convertidos. La sombra de un ancestro condenado por la Inquisición, Alemán Pocasangre, pesaba como una losa sobre sus vidas, marcando su identidad y confiscando la mayoría de sus posesiones, que luego pasaron a manos de La Garduña y, posteriormente, a la Iglesia y a ciertas familias nobles adineradas.

La limpieza de sangre era una cuestión de honor, una marca indeleble que separaba a los verdaderos cristianos de aquellos con antepasados de otra religión. No era solo una cuestión legal, sino social, que dividía a la sociedad entre los llamados cristianos viejos y los descendientes de conversos, judíos o musulmanes.

Fueron tiempos de sospechas y vigilancia constante, donde la opinión pública se veía impregnada de prejuicios y una complacencia sórdida hacia los conversos. La sociedad católica se infiltraba en los hogares y en las intimidades de las personas, escrutando si se seguían prácticas culinarias prohibidas o si se vestía inapropiadamente en determinados días de la semana. La paranoia reinaba, alimentada por informantes y delatores en busca de recompensas.

La Inquisición había sembrado el miedo de tal manera que la autocensura era moneda corriente; cada uno temía ser su propio enemigo. Un ejemplo palpable del terror impuesto fue el caso de un vecino, rico y poderoso, que al tener como vecino a un inquisidor comenzó a decaer rápidamente hasta quedar en los huesos.

Este clima de terror se entrelazaba a menudo con una risa nerviosa y un cinismo generalizado, cargados siempre de desasosiego y temor a las torturas como camino hacia una supuesta purifica-

³ Actualmente calle Sierpes.

ción ajena. Incluso figuras ilustres como fray Luis de León, Gaspar de Grajal y Martín Martínez de Cantalapiedra, catedráticos de renombre, terminaron en las garras de la Inquisición.

La situación personal de Mateo, marcada por la persecución constante debido a su linaje y su vida agobiada por las deudas, lo llevó a considerar seriamente la opción de emigrar a Perú tras salir de prisión. Siempre había contemplado la idea de buscar refugio en las Indias, pero obtener el permiso para hacerlo no sería tarea fácil. Los permisos para emigrar los entregaba el secretario del Consejo de Indias a discreción, usualmente a cambio de una buena suma de dinero. Además, el camino hacia el Nuevo Mundo estaba vetado para muchos, ya que su Católica Majestad deseaba un territorio libre de contaminaciones, salvaguardado por la mano firme de la Santa Inquisición, que establecía un filtro riguroso incluso para los cristianos nuevos.

Tomada la decisión y formalizado el intento, los preparativos revelaron un camino plagado de obstáculos, aunque finalmente dieron sus frutos. Lo primero que hizo Mateo fue procurarse un apellido limpio, de cristiano viejo. Casado con Catalina por la fuerza y a punta de espada, esta parte de su historia merecía ser contada con detenimiento. Cuando la conoció, su curatela estaba en manos de Alonso Hernández de Ayala, quien le obligó a casarse con ella. Mateo aprovechó entonces para adoptar su apellido, allanando así el camino hacia su nueva identidad. Así que Mateo redactó la petición a nombre de Mateo Ayala, borrando y copiando en el documento su nuevo nombre, el de su esposa, dos nombres de mujeres del servicio y el de un criado, figuras que lo acompañarían en esta nueva etapa. Se presentó como mercader, asegurando disponer de una importante cantidad de mercancías y armas dobles, dispuestas conforme a las ordenanzas de la Casa de la Contratación. Con el historial listo para superar la prueba de la indagación, parecía haber sorteado el primer obstáculo.

Ahora, quedaba presentar algún testigo. Mateo solo pudo llevar dos: un viejo canónigo amigo de su padre y el hermano mayor de

la Hermandad del Silencio, de la cual era hermano y a la que había ayudado considerablemente en el pasado. Cuando ingresó en la primitiva Hermandad de los Nazarenos, buscó una hermandad pobre, con normas medievales, ubicada a extramuros, encontrando la del Silencio en lo que llamaban campo de la Resolana. Contribuyó a su traslado al interior, al Hospital de los Convalecientes, y les consiguió tierras para construir una capilla y casas. Redactó las nuevas reglas y demostró sus conocimientos en teología y materia bíblica. Además, dejó huella de su auténtico espíritu cristiano con la elaboración de la Regla de los Presos.

Mateo necesitó tres cédulas hasta conseguir la confirmación, no antes de haber ofrecido un magnífico solar al dispensador de pasaportes y una casa al secretario del Consejo de Indias. Pero su sorpresa llegó cuando, conseguido el pase para abordar su nuevo destino, recibió su nombramiento en la contaduría al servicio de su Majestad. Así que dejó para más adelante la aventura de pasar a las Indias.

Su padre, un hombre de buen corazón, había trabajado como galeno en la Real Cárcel de Sevilla, que se encontraba muy cerca de su vivienda, en la confluencia de la calle Sierpes con Entrecárceles⁴. Siempre fue el deseo de su padre que estudiara medicina como él. Pasó por las universidades de Salamanca y Alcalá, aunque abandonó en el último año. Esto no impidió que Mateo se presentara como licenciado en la sociedad sevillana y posteriormente se matriculara en Derecho, conocimientos que le serían útiles en los diversos traspies y negocios por los que transcurrió su azarosa existencia. Había comenzado sus estudios siendo un caro discípulo de Juan de Mal Lara y se graduó en Artes y Filosofía en la universidad llamada de Maese Rodrigo en 1564. Después, cursó medicina en Salamanca, donde su padre había estudiado, y tras el fallecimiento de este en 1567, dejando una corta herencia, Mateo retornó a su Sevilla natal. Habitó con su madre y hermanos en el barrio de la Magdalena, aunque se fue alejando de ellos con el

4 Antaño llamada calle de las Joyeras.

tiempo, lo que quedó reflejado en el testamento de su madre, quien incluyó una memoria detallada de todos los gastos que le había ocasionado desde su infancia, dejando claro su malestar en favor de su hermano Juan Agustín.

La mayoría de los parientes de Mateo vivían en Sevilla, principalmente de la rama paterna, excepto una hermana de su madre, la tía Agustina del Nero, esposa del comerciante florentino Lorenzo de Rosso. Su primo Juan Bautista, hijo de este matrimonio, resultó ser un hábil y astuto hombre de negocios que desempeñaría un papel importante en la vida de Mateo más adelante. Por parte paterna contaba con dos tías y tres tíos: Juan, médico; García Jerónimo, clérigo y Alonso, tratante. Guardaba buenos recuerdos de este último, quien lo había ayudado a salir de más de un aprieto en el pasado.

No puede dejar de mencionarse a un personaje de su niñez que dejó una huella indeleble en él. Aunque no era pariente, se comportaba como tal. Era un soldado viejo llamado Montesdoca, que frecuentaba las Atarazanas y la noche sevillana. Había sido soldado de Carlos V y lo recordaba siempre con su vieja capa y su cinto de cuero donde colgaba su inseparable espada y un puñal de orejas, de los de tiempos pasados. Decía apreciarlo mucho aquella pieza porque un bisabuelo suyo, de Utrera, lo había dado a su padre para ir a la conquista del reino de Granada, en nombre del rey Fernando el Católico.

A los cuarenta y cinco años, Mateo había comenzado muchos proyectos personales, aunque había dejado varios sin concluir. Había sido forzado a casarse y tenía una hija. Se había convertido en recaudador de impuestos y había ascendido a contador auxiliar, cobrador de almojarifazgos y juez visitador. Sin embargo, había pasado por la cárcel y había enfrentado numerosos desafíos en el ámbito financiero.

El mundo de los negocios siempre lo atrajo, quizás influenciado por sus raíces judías y por su entorno familiar en Sevilla, una ciudad importante en el comercio europeo. Decidió convertirse en

mercader, pero pronto se vio abrumado por las deudas. A pesar de los apremios, no tomó medidas para resolver su situación financiera, lo que lo llevó a enfrentarse a graves consecuencias. Fue amenazado por un capitán y se vio obligado a aceptar casarse con Catalina, con quien ya había tenido algunos desacuerdos.

Durante los últimos diez años, Mateo había ejercido como juez comisionado en varias provincias de España, enfrentándose a una variedad de situaciones y aprendiendo a desconfiar de todos. Había viajado por todo el país, desde Castilla hasta Andalucía y Murcia, realizando auditorías a tesoreros y protegiendo las rentas del rey. Su diligencia y experiencia en estos asuntos le habían valido cierto prestigio y reconocimiento, aunque también lo habían llevado a enfrentar acusaciones de prevaricación. Sin embargo, había salido fortalecido de estas adversidades, consolidando su posición como un consumado contador.

CAPÍTULO 3

EL ESCRIBANO Y OSORIO

La luz de la tarde se disipaba poco a poco, diluyéndose en el horizonte. Mateo abandonó su morada con paso decidido, movido por la urgencia de comunicar el nuevo encargo a su escribano, Juan de Cea. La casa, situada en la calle del Río, compartía linde con el monasterio que doña María de Aragón estaba labrando con esmero. Había obtenido aquella vivienda en una subasta de inmuebles, gestionada por el licenciado Barrionuevo de Peralta, quien se la cedió a Mateo como pago de remates e intereses de derechos de administración en anteriores subastas.

Cruzando la Puerta del Sol, avanzó por la calle Mayor hasta detenerse frente al imponente convento de los monjes agustinos de San Felipe. La casa del escribano, en un edificio señorial, emanaba una presencia sólida y distinguida. Subió las escaleras hasta el piso superior, donde Juan ocupaba un cuarto modesto pero ordenado. Al abrir la puerta, un hombre de semblante serio y austero le recibió con formalidad. Se saludaron y se adentraron en la sala, decorada con muebles sobrios, pero poco llamativos, desde donde se divisaba la alcoba con un jergón en la esquina, una pequeña alacena de castaño, una chimenea con trébede y parrilla, y un tragaluz que dejaba entrar los últimos destellos del día. Se acomodaron en sendos sillones fraileros junto a la ventana. Juan intuyó que la visita de Mateo a esas horas presagiaba una nueva misión fuera de Madrid, algo habitual en su oficio y a lo que ya estaban acostumbrados.

Mateo veía en Juan a un hombre parco en palabras, reservado y cauteloso. Aunque su relación apenas se había forjado en los últimos dos años, había algo en su actitud que impedía a Mateo depositar en él una confianza plena. Recordaba el incidente en Cartagena, cuando un trozo de madera, desprendido del impacto de un proyectil de artillería, cayó cerca de Mateo en la despedida de un navío flamenco. Aunque salió ileso, aquel suceso sembró en él una semilla de desconfianza hacia Juan, como si este trajera consigo una sombra de mala fortuna.

Hablaban poco y Mateo prefería en las horas muertas introducirse en la lectura de vidas de santos, ya que le relajaban. Sin embargo, en alguna ocasión, tenían espacio para conversar:

—Vuestra merced es piadosa, ¿no querría entrar en la Orden Tercera de los franciscanos? —le preguntaba Cea, cuando veía al juez suspender su lectura.

—Yo soy nazareno allá en Sevilla y mi devoción es hacia el santo lisboeta. ¡Espero escribir su vida y milagros!

—Entonces, ¿ahora se va a dedicar a las letras o es solo acción de gracia?

—Humm... solo acción de gracia, señor de Cea, lo mío son los números y no las letras.

A pesar de sus reticencias, Mateo necesitaba la habilidad y la discreción de Juan para llevar a cabo sus tareas. Con el tiempo, habían aprendido a complementarse, cada uno aportando su experiencia y conocimientos para resolver los casos que se les presentaban. Y ahora, con la luz del atardecer filtrándose por la ventana entreabierta, Mateo se dispuso a comunicarle a Juan la nueva misión que les aguardaba: una empresa que no olvidarían nunca.

Juan de Cea, un hombre de origen granadino, anhelaba su tierra natal mientras servía como escribano en la corte de Madrid. Huérfano desde temprana edad, ingresó en un convento de la orden franciscana, donde pasó gran parte de su vida. Sus recuerdos de la infancia estaban marcados por la enfermedad, tal vez uno de los primeros acontecimientos que lograba recordar con claridad.

A menudo hablaba de sueños en los que veía a su madre, preocupada por él, y a su padre recitando oraciones de sanación; aunque en realidad, nunca estuvo seguro de si era su padre biológico o un sacerdote. Fue en esos momentos, en la intimidad de sus sueños, cuando experimentó un profundo amor por Dios, un amor que anhelaba más que cualquier otra cosa. «Me volví codicioso», solía decir, reconociendo que los sueños no solo nos muestran lo que hemos ganado, sino también lo que hemos perdido.

Mateo comenzó a explicar las instrucciones que le habían sido entregadas esa misma mañana por el secretario del Consejo de Órdenes, destacando la importancia de investigar las condiciones de trabajo de los forzados. Aunque no era su estilo mostrar temor, esta vez se sentía intranquilo y decidió sincerarse un poco con su escribano. Le confesó que estaba preocupado por la relevancia de la visita y el significado que tenía para la Corona el azogue, un producto esencial para la obtención del oro y la plata tan necesarios para Felipe II.

—¿Cuántos días tenemos disponibles? —preguntó de Cea.

—Tendremos cincuenta días, pero me temo que nos encontraremos con muchos obstáculos, así que debemos partir lo antes posible. —respondió el juez con cierto recelo.

—¡Almadén, la mina de los Fúcares y su Real Cárcel de Forzados! —exclamó el escribano, mientras ordenaba algunos legajos y documentos sobre la mesa.

—Señor de Cea, antes de llegar a Almadén haremos una parada en Almagro, sede de los banqueros alemanes. Y como bien decís, visitaremos la cárcel, que no será una prisión común, sino un presidio de galeotes donde, según sospecho, mueren como moscas.

Mateo no guardaba buenos recuerdos de su paso por la cárcel, aunque nada pudiera parecerse la de Almadén a aquellas por las que él había transitado. Por su cabeza pasó uno de tantos momentos en los que, durante su estancia en la cárcel de Sevilla, compartió celda con un joven de Alfarache que decía llamarse Guzmán, condenado por ladronzuelo. Un mozo descarado y lenguaraz que

gustaba de hablar, un vives que le hizo su estancia más llevadera. Contaba su vida con todo tipo de detalles, vida no muy agraciada, por cierto, pero no le faltaban razones por tantas desdichas que el buen hombre había padecido. Era una persona de palabra fácil, muy distinto a su escribano, que hablaba bien poco, cosa que no le desagradaba por evitar parecer un adulator o tal vez mentiroso como el citado preso de Alfarache. Muchas veces, cuando le oía hablar, pensaba que las cosas que relataba podían ser verdad o, de lo contrario, se las inventaba, mas lo hacía con tal punto de realidad, que hasta él mismo se lo creía. Alguna que otra vez le pillaba en algún desliz que justificaba con pérdida de la noción del tiempo o por falta de libertad.

—Pero volvamos a nuestro trabajo —profriró Mateo retomando la conversación—. Aunque muchas veces pienso que, con lo que he visto en esta vida y con lo que he escuchado, tendría para escribir un libro.

—Pues inténtelo, seguro que la literatura también se le da bien —le respondía Juan sentado en un sillón de roble con el respaldo de cuero.

—Pudiera ser. Tuve un gran maestro en Sevilla, don Juan de Mal Lara. —De nuevo, aparecieron los recuerdos—. En aquel patio inolvidable, donde acompañado de la música de una fuente y el olor sutil que desprendían los geranios y jazmines, **él** me introdujo en Garcilaso. Tenga vuestra merced por seguro que con la poesía habría tenido menos problemas de los que en esta vida Dios me ha dado.

Aquella imagen instructiva y las historias de aquel pillo las tenía siempre interiorizadas. Por momentos le recordaba al Lazarillo de Tormes, un verdadero pícaro, pero más sutil, como un elocuente filósofo de la moral.

—Por cierto, no sé si le he contado que también conozco a don Miguel de Cervantes.

—¿Cervantes, el autor de *La Galatea*? —preguntaba el escribano todo interesado inclinando su cuerpo hacia adelante para escu-

char mejor—. Tiene vuestra merced muchos secretos que no ha contado y que desconozco. Solo sabía de su estancia en la cárcel de Osuna, pero lo de conocer a Cervantes no es para que lo mantenga en secreto. ¡Cuente, cuente vuestra merced!

—Pues ahora no me apetece contarle nada. ¿Vuestra merced no tiene secretos? —respondía un poco molesto y preguntaba de manera sarcástica.

—¡Algunos!

—¡Cuente, cuente entonces, señor de Cea! —insistía Mateo, algo incómodo al recordársele su estancia en la cárcel de Osuna.

El otro se reía en respuesta.

—Es la primera vez que le oigo reír de esa manera. ¿Tan difícil es hablar de su pasado? —preguntaba ahora irónicamente el juez.

—¿De qué pasado habla vuestra merced? —le reprochaba Juan, ante el tono de la última pregunta.

—*¡Escribano del crimen!* —pronunciaba el juez de manera despectiva—. El único dato que conozco de su pasado, así fue como se presentó en Hacienda y de que había limpiado las calles de mal entretenidos, asesinos, vagabundos y gente de mal vivir.

—Mi primer trabajo, sí señor —pronunciaba de Cea con melancolía—. Lo peor que llevaba de ese repelente cometido eran las noches. Para ello teníamos que rondar las calles más conflictivas con alguaciles controlando las posadas, los bodegones y las tabernas.

—¿Se encontraría de todo? —le preguntaba Mateo con algo más de interés.

—Mire, vuestra merced, llegado a este punto, le voy a contar un secreto.

—Le escucho atentamente, ¡cuente, cuente!

—Una noche que estuvimos controlando a la prostitución en las mancebías, pasamos por la calle Primavera, en el barrio de Lavapiés, y en una de ellas me encontré a mi hermano.

—¡Su hermano! —exclamó el juez sorprendido, abriendo sus ojos.

—Sí, el único que conozco, bueno... eso es lo que decía mi madre. ¡Aunque vaya usted a saber...! Entró conmigo en el convento, pero los frailes no le aguantaron y lo dieron en adopción a un capitán del ejército que le adiestró en el uso de las armas, marchando ambos a Portugal. Me contó que, al morir el capitán, volvió a España y regentó una mancebía. La prostitución estaba de moda y era negocio seguro. No he vuelto a saber nada de él.

—No me esperaba que tuviera un hermano soldado y protector de ramerías. Una verdadera sorpresa. — Mateo se incorporó de su silla con disposición de marcharse—. ¡Se hace tarde! Tenga todo preparado para salir pasado mañana, Dios mediante.

Mientras regresaba en la oscuridad de la noche, Mateo reflexionaba sobre las posibles razones que habían motivado su misión en Almadén. Tal vez, todo se debiera al conocimiento adquirido en el proceso de Usagre, otra mina de mercurio, donde años atrás tuvo que investigar las cuentas del difunto tesorero de las alcabalas. Por sospechar de algunas autoridades y encontrar ciertas irregularidades ante la malicia de sus interlocutores, procedió entonces, con cierta prepotencia, a excarcelar a dos presos y a prender al alguacil junto con el alcaide; aquello no tardó en escandalizar a las instituciones y motivó que fuera procesado. Terminado aquel lance, fue detenido en Mérida y trasladado a la Cárcel Real de Madrid, donde pasó más de un año, un episodio en el fondo bastante enigmático y que, como tantos otros, desconocía su escribano. Aquella experiencia, sin embargo, no perjudicó su carrera en la Contaduría, puesto que pasó de interino a titular de la plaza de contador de resultas por orden de Su Majestad.

Bajo la luz tenue de un farol, Mateo avanzaba por las calles sombrías, acompañado únicamente por el silencio de la noche. Pasó por la plaza de San Salvador y la puerta de Guadalajara, llegando finalmente a las obras de la Casa de la Panadería, que marcaban el límite norte de la plaza Mayor. Deteniéndose un momento, consideró la posibilidad de disfrutar de la vida nocturna y entregarse a los placeres mundanos de la villa. Decidió ir de picos pardos.

Volvió sobre sus pasos y se dirigió hacia las Gradass de San Felipe, donde se encontraba el mentidero de la villa, lugar frecuentado por mujeres y soldados de los tercios españoles. Allí, cada uno contaba sus hazañas militares en Flandes o Italia. Como era de esperar, dicho mentidero estaba cerca de los lugares más mundanos: la mancebía y las tabernas. Las peleas, las juergas y las mujeres iban a liberar sus más íntimos deseos antes de partir hacia Almadén.

Se acercó a una linda muchacha con mantilla corta, de color amarillo sobre las sayas o falda de forma cuadrada, con una abertura en el centro. Esta abertura se ajustaba a la cintura y la falda resultante tenía cuatro picos de color marrón o pardos. La agarró de la cintura y la sacó de entre un grupo de mujeres que coqueteaban con varios soldados. Uno de ellos, enojado, sujetó a la chica por el brazo, deteniéndola y mirando desafiante a Mateo. Este no se amilanó, tiró de la moza y aceptó el reto.

Pronto, ambos se colocaron en guardia, empuñando sus espadas. Mateo tenía una destreza propia de la escuela española, aprendida en las clases de su querido Montesdoca. Dio un paso atrás de esquivas para pasar a un contraataque fulminante con un paso doble y rápido con la pierna adelantada, asegurando su guardia y parando los primeros golpes del soldado. Este, con su espada ropera en la diestra y la quitapenas en la siniestra, se manejaba con solvencia, demostrando destreza en el arte de la esgrima. Tenía movimientos de pies ágiles, buscando la treta más favorable y desplazándose en forma de círculos. Mateo mantenía la distancia recomendada con el adversario, extendiendo su brazo y manteniendo la hoja de su espada sobre la de su oponente en ángulo recto y en paralelo al suelo. Eran dos buenos espadachines.

El duelo se mantuvo durante unos minutos, aguantando los bloqueos y desviando golpes y puntazos. Uno de los camaradas del soldado, observando que no había un claro ganador, quiso ayudar. Ese día Mateo no había cogido su daga, que siempre servía para acosar o amagar al adversario, y parecía en inferioridad con el soldado que dispuso de ella en todo el combate. Cuando entró

en escena el segundo soldado, Mateo se vio obligado a utilizar su capa como protección. La enrolló en un primer momento sobre su brazo izquierdo y, con desparpajo sevillano, la arrojó sobre la cara y la espada del nuevo adversario, desarmándolo por la sorpresa del lance. El soldado se inclinó para buscar de nuevo su acero, cuando de repente apareció una bota pisándolo y marcando sobre su cuerpo la punta de la ropera de un nuevo duelista. Mateo pudo observar la escena sin perder el contacto con su oponente, quien, sorprendido por los hechos, aminoró sus golpes, abandonando el ataque y solicitando clemencia para su compañero.

La situación no pasó a mayores, los soldados se apartaron unos metros volviendo a beber y a seguir con sus bravatas.

—¡Osorio, el vizcaíno! —exclamó Mateo aliviado por tan fortuita coincidencia.

Estrechó la mano a su compañero en lid y lo abrazó como si fuera un viejo conocido.

—En estos momentos, tres cosas tienen preso mi corazón: la bella Inés —dijo mirando a la chica—, un buen amigo y un plato de jamón —recitaba Mateo cogiendo a la chica por la cintura y a su amigo por el brazo, entrando entre carcajadas en una de las tabernas más cercanas.

—Siempre, metido en líos, ¿eh? —dijo el vizcaíno entre risas, mientras limpiaba una mesa con su manga, sentándose los tres.

—Por una hermosa mujer como esta, yo mato. ¡Mira, Inés!, te presento a un viejo amigo de Sevilla, el capitán Osorio. No sé qué hace por aquí, pero no me extraña, porque siempre aparece y desaparece como si nada.

—Pues un asuntillo, tú ya me conoces —respondía un Osorio insinuante y misterioso bajando la voz.

—Te daba por Flandes, Florencia o Venecia, vete tú a saber.

—De allí vengo, estoy de paso. Vuelvo a Sevilla. Acabo de llegar de Barcelona, donde desembarcamos, pero antes quería buscar una posada y te encuentro a ti. Tengo que pasar cierta información confidencial —mencionó Osorio con cierto recelo a la presencia

de la mujer, a lo que Mateo comprendió con una insinuación de complicidad.

Se acercó al oído de Inés, quien se levantó abandonando la mesa y dirigiéndose hacia el mostrador del local.

—Entonces, ¿habrás pasado por Zaragoza? —preguntó Mateo con ansiedad.

—Bueno..., de paso... —contestó Osorio sin darle mayor importancia.

—Pues habrás visto que el rey ha mandado al ejército para hacer frente a las tropas francesas en los Pirineos —refirió, con cierta vehemencia, Mateo—. Además, quiere detener de una vez por todas al traidor y escurridizo Antonio Pérez por violación de secretos de Estado y cabecilla de toda esa revuelta.

Antonio Pérez fue secretario de Felipe II. Destacó como un gran intrigante alineado con la facción de su protector en las luchas políticas de la corte, el príncipe de Éboli. Acabó asesinando al secretario de Juan de Austria, Juan de Escobedo. Este crimen sería utilizado por el rey contra Antonio Pérez cuando descubrió que su secretario le espía para el papa, acusación que no podía hacer directamente por ser la Monarquía Hispánica y el Papado dos potencias amigas en teoría. Detenido y acusado inicialmente por corrupción, cargo del que había abundantes pruebas, posteriormente se le amplió el proceso con el de asesinato, sometiéndole a tormento como requería el proceso judicial en la época. Huyó disfrazado desde Madrid a la corte de Aragón, donde consiguió la protección de los fueros. Dispuesto a imponer su autoridad, Felipe II envió un ejército a Zaragoza, que tampoco consiguió prender a Pérez, el cual había huido a Francia.

Entre el bullicio de voces y risas, una copla resonaba en el ambiente, penetrando en el espacio íntimo de la taberna donde Mateo y Osorio disfrutaban de un caldo humeante junto al pan y el jamón:

«En aquella corta calle, más bien un callejón estrecho, que serpentea por detrás de la iglesia y se asoma frente a los Consejos,

yace un cadáver extendido en un charco de sangre. Dos heridas de daga, una en el costado y otra en el pecho, adornan su figura, mientras una cadena de oro adorna su cuello y magníficos diamantes engalanan sus puños y dedos. No obra de ladrones, sino un espantoso asesinato que ha sumido a Madrid en el más profundo duelo...».

—¿Pero todavía... después de todos estos años, se sigue hablando del asesinato de Escobedo? —preguntó extrañado Osorio.

—Mientras Pérez siga suelto y continúe acusando al mismísimo rey, el pueblo lo recordará a su manera —respondió Mateo, dando un sorbo al vino.

—Al final... ¿quiénes fueron los culpables? ¿Se ha esclarecido el vil asesinato? —inquirió el capitán, aparentando desconocer los detalles del caso.

—Es una larga historia, pero me extraña que no hayas oído algo sobre la participación de varias personas —contestó Mateo, arqueando una ceja con cierto asombro.

—Bueno, no he estado tan al tanto de los asuntos de la corte como antes —respondió Osorio, encogiéndose de hombros con despreocupación—. Pero siempre es intrigante escuchar sobre crímenes sin resolver, ¿no crees?

La situación le parecía sorprendente: cómo el astuto Osorio podía aparentar desconocimiento sobre un tema tan ampliamente conocido en todo el Imperio. El asesinato de Juan de Escobedo se había convertido en una de las conspiraciones más intrigantes de la corte de Felipe II. El proceso judicial estuvo plagado de irregularidades y dejó a todos los implicados en entredicho: el rey, la corte, los jueces y, por supuesto, Antonio Pérez, el hábil espía doble.

—¿Varias personas, dijisteis? —seguía preguntando el vizcaíno, fingiendo sorpresa.

—Pero ¿de dónde vienes? ¿Dónde has estado durante este tiempo? —inquirió el juez, adoptando un tono más inquisitivo.

—¡Del fin del mundo! —contestó Osorio con cierta reserva.

—Del fin del mundo dice —repitió Mateo de manera desdeñosa, insinuando desconfianza—. Seguro que detrás de alguna carta marina —añadió de forma irónica—. Por cierto, una vez mencionaste que mantenías contacto, de vez en cuando, con geógrafos y astrólogos. Se rumorea que el traidor Pérez también tiene algo que ver con el envenenamiento de dos de ellos, uno... un tal Morgado, y el otro... no lo recuerdo... ¡qué mala memoria la mía! —exclamó Mateo con frustración, dándose un pequeño golpe en la sien.

—¿Envenenados? —preguntó Osorio, mostrando un nuevo interés y desconcierto.

—Eso dicen, con solimán, por ser confidentes de Escobedo —añadió Mateo con intensidad.

Después de dos jarras de vino de Arganda, un tazón de caldo y los huevos con jamón, salieron juntos con dirección a casa de Mateo. El capitán Osorio era un hombre muy alto, de cara alargada y nariz aguileña. Aunque no carecía de atractivo, su rostro tenía el aire de un granuja consumado. A pesar de la gran amistad que los unía, ambos se guardaban cierta reserva. Mateo desconfiaba de Osorio, un individuo que recorría toda Europa y el Mediterráneo en busca de portulanos y planisferios. Se codeaba con nobles, embajadores, banqueros y marineros, y aunque tendría mucho que contar, apenas compartía detalles de sus andanzas. Esto despertaba la sospecha de Mateo, quien creía que Osorio debía saber más de lo que aparentaba sobre los asuntos del país. Durante el trayecto, Osorio relataba sus aventuras en busca de nuevas cartas marítimas, así como el interés de la Corona en evitar la edición de grabados de geógrafos y cartógrafos que pudieran revelar rutas marítimas a los piratas y a países rivales interesados en el comercio entre América y Europa.

Osorio hizo una pausa en sus relatos interminables cuando, hablando de su paso por Flandes, retomó el asunto de Escobedo, mencionando con cierto entusiasmo:

—Recuerdo un comentario sobre el asesinato del Verdinegro.

Se dice que finalmente lo eliminaron de una estocada propia de un soldado, tras varios intentos fallidos de envenenamiento. Respecto a los envenenamientos... se rumorea que, en el primero, que ocurrió en la casa de Pérez, estaban presentes, entre otros, tu buen amigo Melchor de Herrera.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó Mateo, algo desconcertado.

La noticia dejó a Mateo bastante perplejo; no se la esperaba en absoluto. Era como si Osorio hubiera contraatacado para dejarlo sin ganas de seguir preguntando. Pasados unos minutos, Mateo volvió en sí, cambiando de tema:

—Insisto, ven a mi casa esta noche. Mañana con más tiempo buscarás algún sitio.

—¿Qué pensará tu esposa, doña Catalina? —preguntó el capitán.

—Hace varios años que vivo solo. Cuando te casas a la fuerza, eso nunca puede acabar bien.